

El personalismo ante los nuevos hechos religiosos

Federico Velázquez de Castro

Químico.

Miembro del Instituto E. Mounier.

Una de las dimensiones esenciales de la persona es la espiritual. Mientras que ésta no está cubierta, hay una búsqueda incesante del ser humano que, como decía S. Agustín, no descansa hasta encontrar a Dios. Con la Ilustración y la Modernidad se impuso la razón como motor interpretativo del mundo, de la historia y de las ciencias. La dimensión espiritual fue quedando relegada y cuando la modernidad mostró sus limitaciones para ofrecer la realización al ser humano, éste miró a su alrededor y tampoco descubrió alternativas, ya que en el plano religioso las iglesias establecidas habían caminado desde tiempo atrás —y nos referimos especialmente a occidente— al margen de los acontecimientos, con una buena dosis de esclerosis y oficialidad.

Fue a partir de los años sesenta cuando comienzan a venir los movimientos orientales y otras nuevas religiones que captan adeptos rápidamente. Junto a una cierta parte de camelos, aparecieron también propuestas serias que recogían lo mejor de la tradición oriental. Propuestas de introspección, de búsqueda interior de sí mismo, de visión cósmica de la humanidad, que con sus prácticas concretas, especialmente de control físico-mental y de meditación, satisficieron a muchas personas sinceras. No olvidemos que Occidente tenía una práctica de proyección hacia el exterior y estos nuevos movimientos vinieron a darle la visión complementaria, ya que si de algo andábamos sedientos era de cierto retorno a uno mismo y de exploración de esta dimensión. «Como arriba es abajo», rezaba el primer principio de los herméticos y «conócete a ti mismo, conocerás

al universo y a los dioses»; se esculpía en un templo de Delfos. No es de extrañar que desde la excesiva exteriorización de nuestra cultura se mirase con expectación e interés a estos nuevos movimientos de inspiración oriental. De otra parte, el pequeño número de sus miembros permitía unas relaciones más a escala humana, fraternas y estrechas, en donde tampoco existían otros aspectos, como los dogmas o las jerarquías, menos aceptados de las iglesias oficiales.

Sería éste, por tanto, un positivo aspecto de los nuevos movimientos, ya que han supuesto para muchas personas una vuelta a la práctica espiritual y con ello una reorientación de sus vidas. Parte, además, de sus contenidos se han extendido entre la sociedad, y aspectos como la relajación, el yoga, el control mental o la meditación, se practican desde los colegios a los ayuntamientos. Hay junto con ello una visión de Dios más cercana, más directa, y una visión más armónica de la realidad y de sus leyes.

El aspecto menos satisfactorio que encuentro en esta valoración es la ausencia del compromiso socio-político de estos movimientos. Al igual que la espiritual es una dimensión esencial en el ser humano, también lo es la cultural, entendida ésta como la presencia en la historia. Estamos ante movimientos que no se cuestionan el interclasismo y para los que la realidad política es algo lejano y fruto exclusivamente de los comportamientos individuales. Suelen actuar en el ámbito de la caridad y mantienen que con la transformación del ser humano la sociedad mejorará. En algunos casos, una visión estrecha de la ley del Karma



(«cada uno cosecha el fruto de sus vidas anteriores») les aleja más de los hechos sociales.

Los nuevos movimientos religiosos están ya entre nosotros y cuentan con círculos de influencia importante, con diversos grados de compromiso. No creo que se trate de verlos con recelo, ellos nos están recordando cosas que ninguno debimos olvidar y que se articulan en la búsqueda del equilibrio del ser humano y de la integración de su cuerpo, su mente y su espíritu. Pero Occidente también tiene grandes valores, entre los que destaca su actividad emprendedora y creativa, y es la síntesis, precisamente, lo que necesitamos. Si consideramos que el mundo va siendo cada vez más una aldea global, no vamos a estar tan lejos unos de otros. Necesitamos espíritus abiertos que se dejen impregnar por las nuevas ideas del mismo modo que nosotros, en fructífero diálogo, sabremos exponer las nuestras. La paz interior, bien entendida, puede llevar a un compromiso más eficaz con el mundo. Como decía Ernesto Cardenal, «no debe haber diferencia entre contemplación y revolución. Los verdaderos contemplativos de todas las épocas no han sido nunca indiferentes a los problemas de su tiempo y, además, la contemplación es importante para la otra revolución, la revolución interior».

▲